

LOS SUCESOS DE "SEMANA SANTA" Y LOS CRISTIANOS



LOS RIESGOS DEL "POSIBILISMO"

Los hechos de Semana Santa han marcado el inicio de una etapa política distinta porque ha evidenciado un proceso de recomposición interna en las FFAA, apoyado y alentado por los tradicionales sectores civiles, en procura de recomponer un espacio de poder. Paralelamente asistimos al hecho mérito de un pueblo volcado a las calles para enfrentar el intento golpista, lo que indica en otras cosas, una positiva y progresiva superación del miedo, a la vez que una gimnasia de participación, que en hechos se mostró como la más eficaz para hacer retroceder a los nostálgicos del ayer. En este avance paralelo, el gobierno, en sus diversos estamentos, ha jugado objetivamente inclinando la balanza hacia ellos, mediante una política de concesiones —que a todas luces lo debilitan, fortaleciendo las pretensiones militares— y abandonando la convocatoria a la movilización permanente en defensa de la democracia.

La difícil situación política que vive nuestro pueblo plantea a los cristianos —como a todo buen patriota— la responsabilidad de buscar cauces concretos a los problemas de fondo que agobian a los sectores populares.

La dura herencia dejada por la dictadura militar ha llevado a una buena parte de los argentinos a pensar en términos de lo que es "posible" hacer. Y si bien

éste es uno de los principios de la política, en épocas de crisis como las que afrontamos, los cristianos tenemos una responsabilidad de ejercer una función profética, derivada de la identidad bautismal.

Significa esto que no podemos reducir la actividad política a lo que aparentemente surge como lo único "posible". Aceptar el principio del "posibilismo", tal como se lo plantea hoy tanto desde las esferas de gobierno como la principal oposición, es negar las posibilidades de recuperación de fuerzas que encierra el pueblo y subestimar un nivel de conciencia, que aunque duramente golpeado y reprimido en los años pasados, ha demostrado consistencia, como lo evidenciaron los sucesos políticos de Semana Santa. A la censura, el miedo y los tabúes generados por tantos años de terror, no podemos seguir alimentándolos con justificaciones que más parecen tener sabor a "complejos de culpa" que a un eficiente aporte a la realidad política actual.

Que la dirigencia política se escude en el posibilismo puede ser comprensible —aunque nunca justificable— porque es evidente que las políticas concretas que se vienen implementando no responden a un criterio de "justicia social", por más que esta consigna abunde en todo discurso preelectoral.

"La realidad que es la única verdad", como solía repetir el Gral. Perón, muestra que las necesidades populares no han

sido el eje rector en la definición de las políticas vigentes. La crisis económica se agudiza recayendo sobre las espaldas de los sectores más postergados sus efectos más duros, al no plantearse con audacia una política económica independiente. La crisis política por su parte sigue profundizándose ante las vacilaciones que debilitan al gobierno, y con ello a todo el sistema democrático. Las fuerzas políticas mayoritarias que debieran sustentar su accionar en la voluntad de ese pueblo que el 19 de abril salió masivamente a las calles, optan por privilegiar sus puestos, utilizando para provecho propio la movilización popular o juegan de un modo oportunista y mezquino las cuestiones políticas, como se evidenció en el tratamiento de la llamada "ley de obediencia debida".

No podríamos agotar aquí un análisis de la realidad social, política y económica que domina hoy la realidad argentina. Lo señalado sin embargo alcanza para plantear la responsabilidad de los cristianos en la hora actual.

LA TAREA PROFETICA Y POLITICA

Ante esta vigencia del "posibilismo", ante la ausencia de respuestas concretas que "den pan al hambriento, vestido al desnudo, etc.", la presencia de factores de poder en manos de una clase dirigen-



LA VIGENCIA DE LA JUSTICIA SOCIAL

Sin duda que plantear un protagonismo real en las decisiones de gobierno implica plantearse seriamente la realización de la justicia social, con todo lo que ello implica. De lo contrario seguiríamos en el ámbito de la democracia formal, vacía y engañosa. Porque la libertad no es íntegra si las mayorías populares siguen sin libertad de contar con el pan cotidiano para sus hogares, si las posibilidades de vivienda están reducidas a unos pocos, si el trabajo sigue siendo un lujo que condena en la desocupación a enorme masa de trabajadores, etc., etc.

Para que con la democracia se pueda "comer, vivir, educarse" es necesario un proyecto político de cambio profundo que revierta el sistema de distribución de las riquezas y se plantee la ruptura de los lazos de la dependencia.

Sucede a veces que al plantear estos temas, sobre todo después del alto nivel regresivo sufrido, reaparecen los temores y los miedos. Sin embargo estamos impedidos a asumir una actitud audaz para proponer la discusión de los problemas hasta encontrar las vías de solución real. Más aún cuando asistimos a un discurso político engañoso e inmedatista que no apunta a resolver las cuestiones fundamentales que afectan al pueblo en su vida diaria, sino simplemente a una conquista mezquina de votos, que son fácilmente burlados.

Sin creatividad será imposible generar alternativas válidas y capaces de brindar una respuesta adecuada al momento que vivimos. Ello significa en términos de nuestra política concreta que no basta repetir una hermosa plataforma donde se promete de todo, para después no concretar nada, porque "la situación está difícil"...

Partiendo de la realidad que vivimos, en esa lenta pero segura recuperación de la confianza en las propias posibilidades de defensa y de lucha como quedó demostrado en los sucesos de Semana Santa, sin duda que iremos rescatando la solidaridad y la esperanza en la construcción de un mundo fraterno y justo. Pero esto se hace a cada paso y todos los días, desde lo más concreto y pequeño que nos toca vivir.

Justicia social y democracia participativa son dos principios básicos del accionar político en el que los cristianos debemos estar en primera fila por imperativo del Evangelio.

Luis Miguel Baronetto

te (política, económica, cultural), debemos revitalizar una tarea profética que haga presente los valores evangélicos de la solidaridad, la fraternidad, la justicia, la paz. Esta tarea de carácter permanente e irrenunciable, por exigencia bautismal y de pertenencia a un pueblo, debe hacerse realidad a través de la denuncia como Iglesia, de las situaciones violatorias de la dignidad humana. Debe concretarse también en una acción comunitaria que sea signo vivo de que "es posible" bregar por un cambio de la realidad. Una actitud profética que va retomándose desde abajo; y que en los sucesos de Semana Santa quedó plasmada en la participación como "Comunidad" o "Parroquia" en las movilizaciones populares, o facilitando locales para el funcionamiento de los "Comités de Defensa de la Democracia".

Pero nuestra responsabilidad laical nos exige también un compromiso político-partidario. Es decir, una participación efectiva en la construcción de las herramientas concretas para la disputa del poder político. Bueno es aclarar que en este terreno, los cristianos no necesitamos más que aportar a los canales que el conjunto del pueblo va construyendo, sin la pretensión de "etiquetar" cristianamente los movimientos populares.

Se trata, ante todo, de impregnar mediante el testimonio de una militancia consecuente, la actividad política con los valores del Evangelio, que es de donde deberemos extraer los criterios fundamentales de nuestro compromiso.

En la actual etapa democrática, después de la dura experiencia sufrida por nuestro pueblo, asistimos a una revalorización de la democracia. Una palabra tan usada, que ya se le ha vaciado su contenido. Porque hablar de "gobierno

del pueblo y para el pueblo" significa asignarle a las mayorías populares un rol fundamental en las decisiones, para lo cual es preciso generar los mecanismos que hagan posible ese protagonismo. Hablar de "democracia participativa" sería casi una redundancia, sino fuese que la práctica concreta de una dirigencia que prioriza sus aspiraciones mezquinas, la ha reducido a meros mecanismos de gobierno que no siempre atienden los intereses del pueblo.

En el contexto argentino de hoy **defender el sistema democrático significa bregar no sólo por consolidar las instituciones fundamentales de la nación, sino también por espacios de participación real y directa en la solución de los problemas.** La democracia debe efectivizarse en todos los terrenos de la vida social como forma de fortalecer un sistema que en nuestra realidad es fundamental para avanzar en la lucha por cambios más profundos. Por ello también participar en el proceso electoral constituye hoy una seria responsabilidad en orden a la defensa de la democracia. Porque en su estabilidad y espacios de libertad se podrá avanzar en la recomposición de la organización popular, donde será preciso el sinceramiento de las estructuras partidarias con una metodología que asegure la decisión popular.

En este marco, las iniciativas de diversos sectores sociales y políticos de constituir los "Comités de Defensa de la Democracia", constituyen sin duda un efectivo ejercicio de convivencia y unidad en torno a los problemas fundamentales como pueblo, que sin duda serán un paso positivo hacia mayores niveles de organización en este caminar hacia un protagonismo cada día más concreto por parte de los sectores populares.